

LOS OJOS DE TERESA LOUZAO se iluminaron cuando leyó el remite del voluminoso sobre acolchado que le acababa de entregar el cartero. Ver escrito el nombre de su hermano, del que no tenía noticias desde hacía casi dos meses, le quitó un peso de encima. Tanta tardanza ya le extrañaba, porque Xavier, estuviese donde estuviese, incluso durante aquella larga estancia en Quebec, nunca dejaba pasar más de dos semanas sin llamarla o sin escribirle unas líneas, aunque sólo fuese una postal. Estaban muy unidos desde la infancia, a pesar de la diferencia de edad, y ese lazo, lejos de aflojarse, no había hecho más que estrecharse con el paso del tiempo.

Casi inconscientemente, dirigió su mirada hacia las fotos que tenía encima del aparador de la sala y le vino a la memoria la broma que Xavier hacía siempre que iba a su casa y veía aquel montón de fotos enmarcadas, dispuestas como desordenadas piezas de un rompecabezas: '¿Qué tal sigue el panteón de los recuerdos familiares?' Repasó una vez más aquellas imágenes que guardaban tantos momentos de su vida: los dos hermanos al lado de sus padres, en la huerta de la casa familiar; Xavier con ella, en el día que debía de ser su decimotercer cumpleaños; Xavier firmando libros, rodeado de gente; ella y la madre, el verano anterior a la muerte de ésta... Como otras veces, la mirada de Teresa acabó deteniéndose en la foto en la que ella estaba entre Adrián y Xavier, en la pequeña capilla del monte de San Roque. Se acordaba bien del día en que la habían sacado, en la romería de agosto. Acababa de cumplir dieciséis años y tenía la sensación de tener la vida entera por delante. ¡Qué lejos quedaba ahora todo! En aquel verano Adrián y Xavier habían empezado a aceptarla como compañera en sus excursiones, y así fue como Teresa confirmó lo que de forma inconsciente intuía desde hacía tiempo: que estaba enamorada irremediablemente de Adrián y que, con certeza, ese amor habría de acompañarla toda la vida.

Movió la cabeza con gesto enérgico, como si quisiera apartar la tristeza que la invadía siempre que pensaba en Adrián, y volvió a mirar el sobre. El remite indicaba que Xavier estaba de vuelta en Galicia, aunque, en principio, Teresa no supo localizar con seguridad el lugar cuyo nombre venía escrito debajo del de su hermano: Doroña-Vilarmajor. ¿No quedaba eso por la parte de Monfero, allá en las tierras altas del Eume? 'Ya lo buscaré luego en el mapa', pensó mientras abría el sobre acolchado. Esperaba encontrarse con una nueva publicación o con ejemplares de alguna traducción de cualquiera de los libros de su hermano. Xavier no olvidaba nunca que a ella le gustaba tener una muestra de todo lo que publicaba, aunque, como ocurría con frecuencia, fuesen ediciones en idiomas que desconocía.

Pero el contenido del sobre era muy diferente al de otras veces. Dentro venía otro sobre parecido, de dimensiones un poco menores que el que acababa de abrir, acompañado de un folio escrito con la letra menuda de su hermano. El sobre pequeño estaba cerrado, y la solapa de cierre aparecía reforzada con una ancha cinta adhesiva, como si quisiera proteger especialmente su contenido. Teresa dejó los sobres en la mesa, se sentó en una silla y se dispuso a leer el mensaje que le mandaba Xavier.

*Querida Teresa:*

*Disculpa que sólo te escriba unas apresuradas líneas y no una carta más extensa, como seguramente esperarías. Te sorprenderá que no te cuente nada de mis andanzas durante estas últimas semanas, pero es más urgente lo que tengo que decirte. Sabes que eres la única persona en la que puedo confiar enteramente, por eso recurro a ti ahora, para hacerte estas dos peticiones sin necesidad de tener que explicarte nada más.*

*La primera petición es que por nada del mundo abras el sobre que acompaña a esta nota. Ya sé que no es normal pedirte una cosa así, pero confío en que entiendas que tengo motivos poderosos para hacerlo.*

*La segunda petición también te sorprenderá, pero sabes que no te la haría si no lo considerase necesario. Si ves que, una semana después de recibir esta carta, yo aún no me he puesto en contacto telefónico contigo, vete a la comisaría de Vigo y pregunta por el inspector Soutullo. Cuando hables con él, cuéntale que eres mi hermana y entrégale el sobre que te envió. No tengas reparo en hacerlo. Soutullo es amigo mío y hace tres años nos tratamos mucho, durante aquellos meses en que yo estuve ahí documentándome para escribir La derrota de la esperanza; incluso creo que te lo presenté una vez. Sé que Soutullo examinará con atención todo lo que le envió y sé también que sabrá lo que debe hacerse después.*

*Te pido que no abras el sobre, pero no puedo impedir que, si llegas a verte obligada a entregárselo a Soutullo, puedas conocer su contenido. Aunque, por tu bien, te rogaría que no lo hicieras, porque no sería capaz de soportar el dolor que podría causarte. ¿Te acuerdas de nuestro primer viaje a Barcelona, en el otoño del 69, cuando compré Los mitos de Cthultu en aquel quiosco de las Ramblas y pude leer por vez primera los relatos de Lovecraft? Tú me decías, viendo mi entusiasmo, que no sabías cómo era capaz de leer aquellas historias que tanto te desagradaban. Siempre te contestaba que era lógico que a ti no te gustasen, porque cometías el error de creer que lo que contaban podía ser real. Pues bien, ahora, mientras te escribo, no sé si desde la locura o desde una pesadilla, si desde un mundo irreal o desde esta aldea de Vilarmajor, tengo que decirte que quizá Lovecraft tenía razón, que quizá tú tenías razón, y que hay cosas en este mundo que tal vez nunca seamos capaces tan siquiera de imaginar.*

*Pero también puede ser que todo lo que te estoy escribiendo sea sólo el producto de una extraña pesadilla que me obsesiona. Es posible que de aquí a unos días los dos podamos estar juntos otra vez, riéndonos de estas líneas y del contenido del sobre que te envió. O quizá, querida hermana, lo que tus ojos están leyendo sean las últimas palabras que yo escriba.*

*Ahora, al acabar esta nota, pienso que todavía podría huir de aquí y volver al mundo real, que aún estoy a tiempo de hacerlo. Pero eso significaría dejar a Adrián abandonado a su suerte, desoír el mensaje que me envió. Y no puedo hacerlo, sobre todo después de leer la carta, o lo que sea, que acabo de encontrar en el cuarto de abajo. Pero no sé por qué te digo esto yo, que jure no darte preocupaciones, porque para entender lo que te estoy contando tendrías que leer los papeles que contiene el sobre. Es mejor que no lo hagas, pero eres mi hermana y no puedo impedir que, llegado el momento, los leas si ése es tu deseo. Quizá entonces entiendas por qué, en estas horas finales, la angustia y el miedo vuelven a recorrer de forma incesante todo mi cuerpo.*

*Adiós, querida hermana. Recibe el abrazo más fuerte del mundo, y ojalá no sea el último que nos demos.*

*Xavier*

El rostro de Teresa se ensombreció más y más a medida que avanzaba en la lectura de la carta, y un intenso desasosiego se fue apoderando de ella. ¿Qué era lo que le quería decir Xavier en aquellas líneas? ¿Qué significaban las inquietantes referencias a Adrián? ¿Y a qué venían las alusiones a Lovecraft, el autor de aquellas novelas que -ihacía ya tantos años de eso!- Xavier devoraba con pasión y que ella nunca había sido capaz de terminar? ¿Era un nuevo juego de su hermano, tan

acostumbrado a seducir por medio de las palabras? El corazón le decía, sin embargo, que lo que acababa de leer era algo más que un ejercicio literario, y que sería inevitable convivir en los próximos días con aquel desasosiego que sentía.